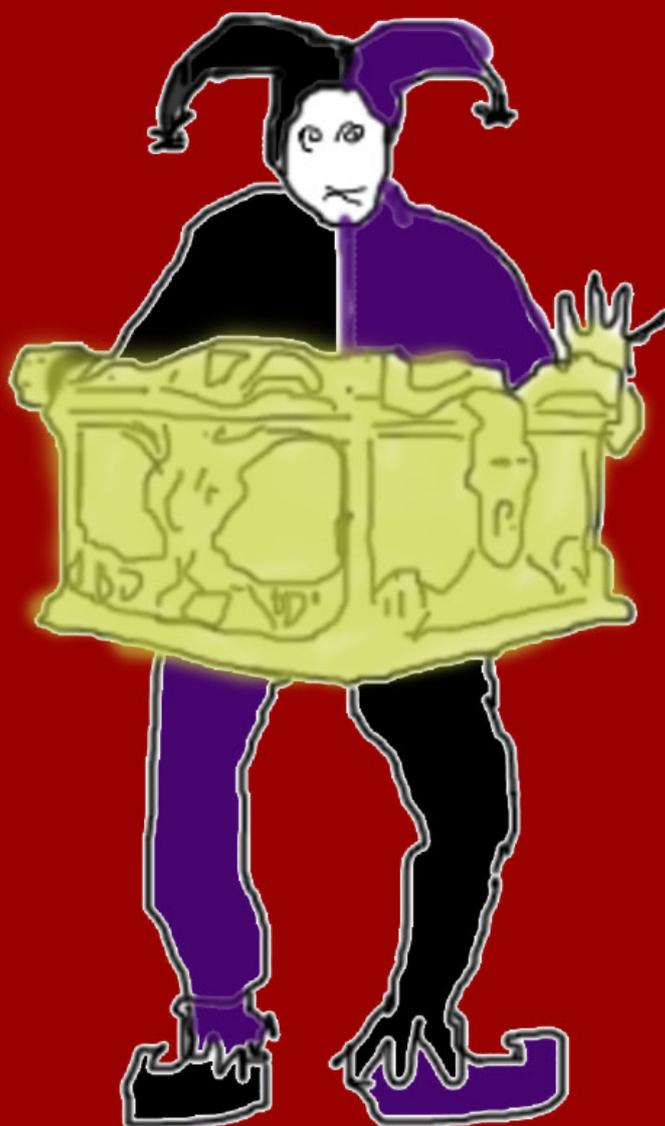


Mi cajita de Pandora

valentin Baraona Mancilla



Capítulo 1

Soy un espejismo de alegría, danzando al viento entre las sombras de los reunidos; rebozando el toque de la sociedad y cargando al hombro el alza del petróleo.

Soy quien te acompaña estando sólo y no suelta una palabra si no es para acompañarla de mil más y dedicarte con ellas una estrofa, formada de cuatrocientos cinco versos, todos en silencio; todos acallados por la crítica de los besos sordos que no los quisieron escuchar.

Cuando miro hacia la plaza a través de mi ventana, veo una estatua de piedra erigida en honor de un hombre que no la merece: uno de estos que solían cargar uniformes blancos y dorados y una espada en la mano. La base reza la historia de alguna guerra, pero en realidad, nunca me ha llamado la atención, porque ese hombre no soy yo.

Si te interesa saberlo, mi nombre es Manuel Gutierrez y soy un arlequín de veintiocho años, cuyo mayor tesoro es una pequeña caja de madera con incrustaciones de cobre, que yace sobre un escritorio desgastado por el tiempo, en el fondo de una habitación vacía; si no contamos eso y las largas cortinas rojas a un lado, por supuesto.

Dentro de mi cajita no contengo nada, pero suelo decir a la gente que en ella se materializan los sueños y que si la abres en un mal día, puede saltar una pesadilla y comerse tus ojos. Nunca la he abierto, así es que no descarto esta posibilidad y por eso me gusta llamarla: "mi cajita de Pandora".

A veces salgo a la calle con mi traje de arlequín y mi hermoso sombrero de cuatro puntas, moradas y negras, con cascabeles al final de estas. Traigo mi cajita en la mano y me acerco a la gente con una sonrisa, les acoso por un par de pasos, a veces, un par de cuadras y para cuando se comienzan a poner nerviosxs, les saludo con mi voz más alegre: "Hola", les digo, "¿Te gustaría ver dentro de mi caja?"

La mayoría huyen despavoridxs, pero lxs más osadxs me preguntan qué es lo que hay dentro. "En esta caja está el arma que usaré para matarte." Les digo con una sonrisa. ¡Loco! Me gritan, antes de salir corriendo. Yo no creo que esté loco, quizás la caja si tenga un arma, después de todo. A veces les respondo que en la caja traigo la cabeza de su madre, o si no me hallo muy imaginativo, contesto que en ella está el niño con las pupilas más negras que verán jamás y que éstas reflejarán su

verdad.

No sé aún por qué, pero nunca me creen. Una caja vacía podría bien tener todas esas cosas y muchas más, sobre todo una tan bonita como la mía. Llevo casi seiscientos años haciendo lo mismo y todos han corrido antes de que la abra. Si, eso es, hace mucho tiempo, cuando cumplí los veintiocho, el año pasado, decidí que no quería crecer más y que los años pasarían para todos, menos para mí. Como la voluntad humana es infinita, aquí estoy, varios siglos después, danzando entre las sombras y fundiendo mis cantos entre los vientos que cruzan estas cuatro paredes, blancas como el algodón. Llevo los últimos noventa y dos años aquí dentro y me quitaron a mi querida Pandora. Me dicen que la abrieron y que no tenía nada dentro, pero yo creo que quizás sus sueños no eran los correctos para descifrar su contenido. También me quitaron mi traje de arlequín y lo cambiaron por unas batas blancas que no me dejan abrir los brazos, por lo que ya no me siento libre para danzar.

Aquí me aseguran que no me llamo Manuel, sino Osvaldo y que no tengo veintiocho, sino treinta y cinco años. ¡Vaya locura! Me negué a creerles. Por eso el otro día salté por la ventana y así, mientras caía, vi a Pandora abrirse en uno de los pisos inferiores. Vi los colores más hermosos y la mirada más turbia y profunda de todas. Terminé de caer con una sonrisa en el rostro. Viví lo suficiente para morir sabiendo que tenía la razón.